

LA LITERATURA TEMPRANA DE ANTIOQUIA

Jorge Alberto Naranjo Mesa

Se puede afirmar, sin temor de cometer mayores equivocaciones, que la literatura antioqueña tiene siglo y medio de antigüedad. Existieron crónicas y cronistas anteriores, como “El Carnero de Medellín” del “Cojo” Benítez acerca de las costumbres de la Villa de la Candelaria a finales de la Colonia y comienzos de la Independencia, ó las memorias de María Martínez de Nisser sobre la Guerra de los Supremos en Antioquia, o los ensayos de José Félix de Restrepo y Francisco Antonio Zea, y debe existir un buen conjunto de artículos de ocasión en la prensa de las décadas anteriores a 1850, desde “El Eco de Antioquia” (1822) hasta los periódicos de mediados del siglo XIX. Es cierto que primaban en ellos las publicaciones doctrinales, partidistas ó religiosas; sin embargo concedían algún espacio a la literatura —memorias de guerra, biografías y episodios históricos, cuadros de costumbres, poesía—, así nada más fuese por motivos propagandísticos. Pero eran artículos esporádicos, en periódicos de corta vida casi todos (excepción hecha de “El Constitucional Antioqueño que alcanzó casi 250 ediciones entre 1832 y 1837, “La Miscelánea de Antioquia” que alcanzó casi medio centenar de ediciones entre 1835 y 1838; y “El Antioqueño Constitucional” y su prolongación “La Estrella de Occidente”, que duró de 1846 a 1851 y publicó 269 números).

A partir de 1850 se observa un movimiento literario más consistente, menos esporádico. Gregorio Gutiérrez González regresa a Antioquia, Epifanio Mejía se da a conocer como poeta lírico y bucólico, Juan de Dios Restrepo publica en Medellín algunos de sus notables artículos, Camilo Antonio Echeverri funda “El Pueblo” —tribuna Gólgota, pero a la vez cátedra de bellas letras— que duró de 1855 a 1858. El acontecimiento literario de aquella década fue la publicación

en 1859, de los “Artículos escogidos” de Emiro Kastos (seudónimo de Juan de Dios Restrepo) un libro de excelente factura, que incluyó como una de sus piezas principales a “Mi compadre Facundo”, retrato vívido de la Antioquia de costumbres parroquiales, con su trinidad dominante de gamonal, alcalde y cura, con su ambiente de ignorancia y sumisión de la mujer, con su culto al trabajo y su repudio a toda modificación de los estilos de vida. La prosa es deliciosa; el buen humor y la ironía recuerdan a Larra. Ese libro –que después elogiaron generosamente Manuel Uribe Angel y José Asunción Silva– marcó el comienzo del resquebrajamiento de nuestro provincial encierro, señaló finamente la necesidad de transformar nuestra manera de pensar y concebir la existencia; fue como un espejo fiel de nuestros vicios colectivos, la puesta en duda del poder omnímodo de la patria potestad –herencia colonial–, la defensa auténtica de los derechos de la mujer. Un relato como “Julia” mostraba en toda su crudeza la insensibilidad de los maridos ante las aspiraciones amorosas y artísticas de las esposas, el desdoblamiento de la personalidad del novio vuelto esposo. Un artículo como “Un baile en Medellín” era un reto al enclaustramiento de las familias, a la necesidad de tener vida social, de salir de los hogares y aprender a divertirse en compañía. Emiro Kastos, por otra parte, tenía una capacidad descriptiva superior, embelesadora. Nada de prosas alambicadas, nada de complicaciones: su prosa es llana, natural, fluyente; su riqueza lexical, tan abundante, nunca es abusiva. No necesita glosas ni diccionarios para traducir del antioqueño al castellano. Hay artículos verdaderamente sangrientos, como “Rodin”, una agresiva pintura de Mariano Ospina Rodríguez, y de ellos se arrepentiría el escritor, acusándose de haberlos escrito con amargura y resentimiento, y prohibiéndose –lo cual cumplió– volver a escribir. Aún así, como piezas literarias, desapasionadamente, son obras maestras. Los “Artículos escogidos” de Emiro Kastos marcan, por esto, el nacimiento de la prosa narrativa antioqueña, al mismo título que los poemas de Gutiérrez y Epifanio Mejía señalan el nacimiento de nuestra poesía. Y ese libro está pidiendo una edición crítica y analítica para el sesquicentenario de su publicación.

La década 1860-1870 ya estaba inmersa en el dinámico proceso de construcción de nuestra literatura iniciado en la anterior: proliferan autores, fuesen poetas ó narradores, aparecen revistas de gran calidad, se crea la Academia de Artes y Ciencias, y diversas tertulias literarias. Más allá de sus diferencias políticas e ideológicas, los autores saben aunar sus esfuerzos para contribuir a la tarea colectiva de enriquecimiento del acervo cultural. El acontecimiento literario de la década fue sin duda la “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia”, de Gregorio Gutiérrez González, un poema extenso, originalísimo en su inspiración, rico en detalles pintorescos, que describe minuciosamente

las diversas fases de producción del cereal, desde la quema de monte y la roza del terreno hasta la recolección del producto, con amoroso cuidado etnográfico y folclórico hacia las costumbres de los peones, la alimentación, los instrumentos de labranza, con dominio perfecto de la geografía y la vegetación y fauna selváticas. El verso endecasílabo –verso culto por excelencia– se adapta aquí en forma admirable a una descripción costumbrista, salpicada de términos puramente antioqueños. Gutiérrez González nunca supuso que su poema tuviera alcance continental, pero así sucedió: él creía escribir sólo para nuestra gente, que la obra no saldría de estas breñas, y no obstante fue tal su calidad que la admiraron en muy diversas latitudes. La musicalidad, la precisión rítmica y prosódica, la novedad de léxico, aunadas a su precisión descriptiva, al colorido de las imágenes, hacen de aquella “Memoria” un hito de nuestra literatura, no sólo regional sino nacional.

Pero no fue la única obra de gran alcance producida en aquella década. Arcesio Escobar escribió un romance extenso, octosilábico, intitulado “Gabriela”, y Juan Cancio Tobón otro intitulado “Matilde”, que volvieron a plantear en forma descarnada el problema del ejercicio de la patria potestad sobre las hijas casaderas por encima de lo que las propias hijas amaban y deseaban. Padres autoritarios e insensibles les imponían esposo por mero cálculo material y creaban así las condiciones para la frustración y el devenir trágico de sus vidas. Son, ambos poemas, conmovedores; la descripción de Tobón del valle de Rionegro, la atmósfera bucólica, y luego el ambiente de un hospital de guerra; la descripción de Escobar de la fiesta matrimonial de Gabriela y luego de la soledad conventual en que se encierra y de los tristes merodeos de su antiguo novio ahora fugitivo de la justicia, son logros estéticos muy notables de los poemas. Están enmarcados en el romanticismo desde el punto de vista estilístico, pero el problema sociológico que tratan tiene alcances mayores. Estos poemas, junto con “Julia” y “Felipe” –un cuento de Gutiérrez González publicado en la misma década– y con “Otras antigüedades” (cuyo autor se desconoce), fueron la contribución más precisa de nuestras letras a poner coto a una de nuestras pésimas costumbres sociales.

Otro poema extenso que debe mencionarse, dentro de los publicados en aquella década, es el de Federico Velásquez intitulado “Un veraneo en Porce”. Trata sobre otro de los oficios típicos de Antioquia, la minería, y describe minuciosamente las expediciones río Porce abajo en busca del oro del aluvión durante la estación seca. Como el de Gutiérrez González se detiene en cada detalle, en cada fase de las operaciones. A través de él puede el lector reconstruir las expediciones, las rutinas del oficio, la construcción de los potros, el buceo, el lavado de las arenas; los utensilios y alimentos, el almacenamiento

y las tiendas, los diversos semblantes del río durante la estación veraniega y durante el día, las jornadas de labor, las tertulias y amores de los mineros. Junto con “Hace tiempos”, la gran novela de Carrasquilla escrita unos setenta años más tarde, “Un veraneo en Porce” constituye una obra fundamental para cualquier historiador de la gesta minera antioqueña, por el acercamiento microscópico que permite a aquella empresa que constituyó la base de la riqueza de la Antioquia decimonónica.

Y debe mencionarse también otro poema extenso, “Un baile de garrote en el campo”, autoría de Wenceslao Montoya y Pedro Antonio Isaza y C., cuyo tema es la costumbre de acabar con las fiestas apagando las velas y voleando garrote sin compasión sobre las personas y las cosas, como si la fiesta de algunos apenas comenzara al dañar las fiestas de otros. El escenario del poema es una hermosa celebración campesina, una casita sencilla, limpia, ordenada, y un festejo alegre pero tranquilo, interrumpidos abruptamente por una banda de violentos que todo lo desbaratan, y vuelcan mesas y destrozan vajillas, y ponen en fuga a los invitados, y la triste fisonomía de la casita al día siguiente. Un cuento de Ricardo Restrepo publicado en la misma década, con el título de “Un baile de garrote”, presenta un suceso semejante aconteciendo ya no en el campo sino en la Villa de la Candelaria, en el barrio Guanteros. Ambos –poema y relato– tienen un aire semi-jocoso, semi-irónico; su valor sociológico y testimonial es inmenso, y no obstante la risa tristona que producen supieron señalar oportunamente otra de nuestras más feas costumbres sociales.

Aunemos a la anterior reseña el poema épico de Epifanio Mejía sobre la guerra del 63 que puso fin a la hegemonía radical en Antioquia; “El canto del antioqueño”, también de Epifanio; sus dulces poemas bucólicos, como “La tórtola” y “La muerte del novillo”; los últimos poemas de Guitiérrez González, como aquel doloroso “De paseo en Abejorral” ó “Aures”. Los deliciosos diálogos de Pedro A. Isaza y C. con Ricardo López y Lino R. Ospina –este último recién llegado a Medellín– en forma de décimas y octavas acerca de las ventajas de casarse ó no casarse; la poesía lírica de Agripina Montes del Valle –la Gabriela Mistral del siglo XIX– y el surgimiento de al menos una docena de notables poetisas en Antioquia; las primeras producciones poéticas de Juan José Bote-ro, y se comprenderá fácilmente que aquella década 1860-70 es nuclear en la historia de la poesía antioqueña. No basta con la remembranza de Gregorio y Epifanio: era un proceso colectivo de enunciación poética, una proliferación de buenos autores y obras.

En narrativa al proceso no fue menos dinámico. Camilo Antonio Echeverri comenzó a publicar sus hoy famosos artículos acerca de “El huevo”, “El galli-

nazo”, “El murciélago” y otros, a la vez que hacía la recensión de obras recién publicadas. Juan José Molina iniciaba su trabajo de cuentista con “Amelia y Laura” —el único cuento que conocemos donde todavía se defendía la patria potestad— e iniciaba sus hermosos trabajos de literatura musical cuya publicación se demoró hasta 1870. En ellos se hilaba un cuento alrededor de una obra famosa —el “Claro de luna”, “Stabat Mater”, “El coro de los cazadores”, entre otras— y Molina, pianista aficionado y con alta sensibilidad musical, daba a esos relatos un tono dramático, una melodiosidad muy cercanos a la obra tematizada. Son logros admirables, literariamente hablando, que hacen recordar las aproximaciones de Stefan Sweig a los compositores y sus obras. El fondo histórico de los mismos es muy incierto, probablemente fabulado por el autor, pero el valor compositivo de las narraciones, su fluidez y verosimilitud estéticas fueron reconocidas inmediatamente, y recientes ediciones de algunos de ellos muestran que también el lector u oyente contemporáneos sienten una emoción semejante.

Los diarios de viaje, los paseos, era otro de los temas favoritos de los narradores. Andrés Posada Arango, Eduardo Villa, Basiliso Tirado, entre otros, unos en prosa y otros en verso, rememoran sus salidas al exterior, a Bogotá, al Atrato, a los pueblos y lugares notables —la piedra del Peñol, por ejemplo—; son narraciones amenas, escritas sin mayores pretensiones, pero de indudable valor geográfico e historiográfico. Los narradores que publicaban bajo seudónimo sus cuentos y cuadros de costumbres eran muchos; algunos se han podido identificar, pero otros siguen siendo desconocidos. Pacífico escribe “Los pepitos”; A.R.E, “La hija del crimen”; Z.X.Y sus “Cartas”; un anónimo, “El doctor Chiripa”; otro “El vicio”; Pacífico, “Un paseo por el Teatro”; un anónimo, “Apodos”, etcétera, etcétera. No todos los relatos tienen la misma calidad literaria, sin duda. Lo que interesa resaltar es que la narrativa antioqueña iba en alza, que se multiplicaban autores y obras, que se iban soltando los lazos con el romanticismo y el costumbrismo, que la vida social antioqueña iba tornándose problema por explorar y explotar literariamente, que de manera consciente nuestras letras construían un espejo dónde reflejarnos.

Las revistas de la década fueron abundantes. Merecen resaltarse “El Iris” (1865), La Aurora (1868) —esta última dedicada específicamente a las mujeres—, y sobre todas, “El Oasis” (1868-1869) y “El Condor” (1870-1871). Eran semanales y leídas en toda Antioquia; los suscriptores eran varios centenares. Cada número constaba de ocho páginas, a doble columna, y en ellas se publicó un enorme volumen de obras literarias (poesías, cuentos, cartas, relatos de viaje, traducciones, estudios literarios, reseñas de teatro): para sólo dar un ejemplo, durante su primer año de vida “El Oasis” publicó más de cuatrocientos

trabajos, casi en un 100% de autores antioqueños, dentro de los géneros referenciados. Razón tenían los editores de la gran revista “Sábado” cuando, hacia 1920, indicaban que “El Oasis” y “El Condor” señalan el punto de arranque de una literatura antioqueña ya no atribuible a unos pocos autores sobresalientes sino a una dinámica colectiva. Estas revistas, de las cuales son hoy escasísimas las colecciones completas que se conservan en Colombia deberían reeditarse por su valor estético e historiográfico.

Para una visión amplia de la década que venimos examinando son imprescindibles cuatro obras que se editaron mucho más tarde: las “Vejece” y “Apuntaciones para la Historia del Teatro en Medellín” de Eladio Gónima, que se publicaron primero por entregas en la revista “La Miscelánea” a finales del siglo XIX y en forma de libro en 1910, por una parte; y dos preciosas novelas de Tomás Carrasquilla, “Entrañas de niño”, que se publicó por entregas en la revista Alpha a comienzos del siglo XX y en forma de libro en 1914, y “El Zarco”, que se publicó de una vez en libro unos años más tarde.

Gónima era un cronista delicioso, dotado de una memoria envidiable, y sus remembranzas de la evolución de la Villa de la Candelaria –que arrancan hacia 1840– son un documento insustituible para los historiadores. Vestuarios y fiestas; casas de habitación y edificios públicos; calles y plazas; escuelas y maestros; paisajes urbanos y lugares de recreo; prohombres y mendigos; fantasmas y entierros; edades bélicas y épocas pacíficas, toda la fisonomía de la “parroquia grande” desfila por las “Vejece” con una gracia descriptiva, con un amor por los detalles, con un cuidado informativo sin parangón entre los otros cronistas de la época; y en su historia del teatro en Medellín, Gónima, quien fue actor desde niño; quien siguió a su padre don Carlos A. paso a paso en la fundación de una vida teatral medellinita; quien asistía a todos los espectáculos –fuesen obras teatrales, óperas, operetas, zarzuelas–, y como se dice “no se perdía la echada de un volador,” nos hacer recorrer aquella historia desde los tiempos en que Ospina Rodríguez era ¡actor de teatro! y hombres con patillas representaban heroínas en las tablas, hasta los tiempos de Asunta Mazzeti, revisando compañía tras compañía, obras y papeles, tabladados y escenarios. Gónima es una fuente primaria para cualquier investigador del siglo XIX antioqueño, sea literato, dramaturgo, músico ó historiador a secas. Y su libro está pidiendo una cuidadosa reedición a casi un siglo de haberse publicado.

Las dos novelas señaladas de Carrasquilla nos aproximan de otra manera a esa década de 1860-70. “Entrañas de niño” nos asoma a la vida de una familia patriarcal, heredera de una cultura ilustrada, que reside en una casa venerable en las afueras de un pueblo antioqueño –tal vez Concepción. La memoria de los muertos víctimas de la Inquisición y fundadores de poblados ronda las

habitaciones. Hay un aire de Colonia sobrepuesto a los nuevos tiempos, como sucedió a menudo en Antioquia durante muy buena parte del siglo XIX. El final de la obra nos transporta a Santa Cruz de Vadillo, la capital de los viejos tiempos, y con mano nuestra Carrasquilla nos describe el aire de aquella Santa Fe de Antioquia de iglesias y casonas durante una Semana Santa. Es una obra conmovedora, “la mejor novela colombiana” a juicio de Efe Gómez, y su lectura es capaz de sacar lágrimas hasta a las piedras, itan hondo caló el escritor en el alma de Paquito Santos, en su soledad, en sus miedos infantiles, tan precisamente retrató a la madre y la abuelita de ese niño desorientado, y tal vez desilusionado de la tosquedad de su padre! Hay algo de Flaubert, algo de Dickens en “Entrañas de niño”, pero sobre todo allí está el mejor Carrasquilla, rememorando y elaborando aconteceres de su infancia, transcurridos precisamente en la década que venimos comentando.

En “El Zarco”, por el contrario, se trata de la vida de dos humildes campesinos, de sus padecimientos con unos yernos maleantes y unas hijas ambiciosas; la vida rural se pinta con lujo de detalles: la casa campesina, la huerta los domingos de mercado, las devociones, el leguleyo de la aldea, las medicinas, una locura mística, el valor emblemático de una mujer caritativa y laboriosa. El capítulo V es una joya: los protagonistas viajan a Medellín a finales de la década que nos interesa a renovar sus votos en la cofradía de la Virgen del Carmen, y bajo el lente de un niño curioso y despierto, el Zarco, recorre el lector la Villa de aquella época paso a paso: vemos casos con balcones y antejardines, con sus barandales, corredores y lámparas; entramos a la iglesia del Carmen y contemplamos sus vitrales, altares, imágenes y ornatos; cogemos fila para recibir las viandas que preparan las monjas para el río de feligreses; nos hospedamos en el Hotel Bolívar de don Joaquín Escobar; bajamos por la orilla de la quebrada Santa Elena y nos refrescamos en sus baños; visitamos el río Medellín a la altura del barrio San Benito; subimos a la plazuela de la Veracruz y nos extasiamos con los cantos de Teresita Lema; nos escapamos a presenciar los festejos del 20 de julio y escuchamos los discursos de Camilo A. Echeverri y Federico Jaramillo Córdoba; asistimos al Circo España y también a un recital de música religiosa; aprendemos que, al no existir un himno nacional, entonábase “La Garibaldina Floreada” y el poema que el Tuerto Echeverri compuso cuando estuvo preso y en capilla en una cárcel de Abejorral y que musicalizaron dos famosos músicos de Rionegro; tertuliamos en la casa de don Joaquín y nos sofocamos en sus habitaciones. En fin, nadie supo describir al Medellín de la época como don Tomás, y ese capítulo V de “El Zarco” debería convertirse en fuente primaria de todo historiador del siglo XIX antioqueño. Y la novela como tal es bellísima.

La década 1870-80 es igualmente densa en producción literaria. En 1870 aparece la revista “El Condor”, que hizo las veces de relevo del interrumpido “El Oasis”. Allí se publicaron poemas, relatos, ensayos, cuadros, crónicas en profusión, y muchos de ellos de excelente calidad: la “literatura musical” de Juan José Molina, incluido “Anunziatta y Pergoleso”, obra que según rememora Carrasquilla en “Hace tiempos” se convirtió en modelo de la novela breve antioqueña; los poemas de Pedro A. Isaza y C., Federico Jaramillo Córdoba, Ricardo López, Epifanio; las crónicas de un autor antioqueño desconocido que se encontró en el sitio de París durante la Comuna; crónicas de viaje de Juan C. Aguilar, y las “Otras antigüedades” de autor desconocido; una comedia de Juan José Botero, etcétera. Esta revista es otra fuente primaria para cualquier interesado en la Antioquia decimonónica. De carácter eminentemente literario, su lectura muestra a cualquier historiador aspectos de la vida cultural, social, que no pueden soslayarse si de aproximarse a la mentalidad de una época se trata. Y desaparecido “El Condor” hicieron su relevo “El Album” (1872) y “El Oasis” que tuvo una segunda época (1873), revistas ambas muy estimadas por los lectores antioqueños. Apareció también “La Palestra”, donde se dieron a conocer jóvenes escritores como Lucrecio Vélez y Camilo Botero Guerra y Juana Quevedo, con el apoyo de otros ya treintañeros como Fidel Cano y Enrique Ramírez G. Era un periódico belicoso, que ponía en cuestión muchos vicios y hábitos sociales, el autoritarismo a ultranza, la cerrazón ideológica de los espíritus. En 1873 apareció un sonado poema de Botero Guerra, “El destierro”, que denuncia vigorosamente la costumbre de enviar a cualquier mujer simplemente sospechosa de haber tenido relaciones licenciosas a las horrendas colonias penales de Patiburrú, río Nare abajo. Todos los lunes se las veía salir, fuertemente custodiadas, rumbo a esa tierra cenagosa, poblada de mosquitos y enfermedades tropicales, a vivir en cuevas ó ranchos miserables en compañía de criminales que allá podían hacer con ellas lo que quisieran sin que a la casta Villa interesara su destino ulterior. El valeroso denuncia de Botero Guerra fue causa de que se empezara a dudar de la justeza de esa acción nefanda. Pero igual se ponían en cuestión por aquellos jóvenes el rigor y disciplina universitarios, las duras leyes de vagancia, la hipocresía en asuntos de moral y buenas costumbres. “La Palestra” (1872) y años después “La lechuza” (1875) tenían un carácter joco-serio, y su valor ideológico, su poder irónico, no iban en menoscabo de la calidad literaria de lo publicado, como debe ser.

El contrapeso de aquella prensa fue el semanario “La Sociedad” (1872-1876), que dirigía Néstor Castro y cuya “eminencia gris” fue Mariano Ospina Rodríguez. De carácter ultraconservador y católico, era el foro ideológico de

la lucha contra el radicalismo en todas sus facetas. Publicaba poca literatura, aunque allí aparecieron joyas como el poema de Ricardo López a la imagen de la Resurrección que había en la iglesia de Envigado y motivaba verdaderas peregrinaciones de los pueblos vecinos a conocerla el día de la procesión – imagen que Samuel Velásquez consideraba la más hermosa de arte religioso que había en Colombia. Fue traída de Barcelona por iniciativa de Manuel Uribe Ángel y se la comió el gorgojo. También en “La Sociedad” apareció un denso ensayo del mismo “doctor Manuelito” en defensa del gran poema de Gutiérrez González contra un juicio que se había publicado en “La Estrella del Sur” de Chile. Aparecieron cuentos y novelas breves traducidos del francés, autoría de Ernesto Legouvé, y la crónica de un viaje a Jerusalén del obispo Manuel Canuto Restrepo. Pero el grueso de lo publicado en “La Sociedad” eran artículos en contra de Bentham, Rojas Garrido, la Universidad Nacional, la masonería, los esfuerzos del gobierno central por unificar a los estados confederados en un gran proyecto nacional. El periódico tenía enorme influencia en Antioquia, y puede afirmarse sin temor que fue el causante de que el Estado se levantara en armas en la guerra civil de 1876, con las consecuencias desastrosas que tuvo para éste. Hasta ese momento Antioquia supo mantener la autonomía de su gestión; a partir de allí se derrumbó toda la laboriosa tarea de Pedro Justo Berrío para hacerla respetar por los radicales.

Aquella guerra está lujosamente estudiada por nuestros literatos: “Al pie del Ruíz” de Samuel Velásquez, “Uno de los catorce mil” de Roberto Botero Saldarriaga, “La Fiera” de Wenceslao Montoya, “Una vela a San Miguel y dos al Diablo” de Camilo Botero Guerra, “Una noche de angustias” de Demetrio Viana, “Luterito” de Tomás Carrasquilla, “Los Chancos” de Juan de Dios “El Indio” Uribe, y varias otras obras –novelas extensas, novelas breves, cuentos, relaciones de enorme calidad, describen minuciosamente los preparativos, los reclutamientos, la euforia triunfalista, el fragor de las batallas, la geografía de los escenarios bélicos, las muertes, las procesiones con los cadáveres, las búsquedas angustiosas de los sobrevivientes, los arreglos político-militares, las heroicas mujeres que acompañan a sus novios ó prometidos y que preparan los alimentos, llevan agua a los combatientes y atienden los hospitales de campaña –mujeres que no se mencionan nunca en los partes oficiales–, y, en fin, la vida antioqueña de la posguerra, con la persecución y el aislamiento soterrado a quienes hicieran parte del ejército vencedor (cf “La Fiera”).

En “La Sociedad”, entretanto, disimulan el desastre de “Los Chancos” –no fueron sino doscientos cincuenta reclutas los que murieron – y no valen mayor cosa– y se rasgan las vestiduras porque entre los desaparecidos figura Tulio Ospina, porque semejante promesa de la juventud sí hará falta verdadera. Allí

está pintada, en la forma más elocuente, la clasudez y la insensibilidad social de muchos miembros de nuestras castas superiores, y que en vez de amainar se ha acendrado hasta nuestros días. Ese mismo don Tulio –digámoslo de paso– diría a fines del siglo XIX a Manuel Baena que “la ingeniería no es para los negros”.

Lo cierto, a la luz de las consideraciones previas, es que un historiador de aquella “guerra de las escuelas” que desconozca las fuentes literarias mencionadas, se privará de información fundamental, y sólo podrá escribir trabajos flacos y resecos, sin alma, sin nervio.

También de la década que consideramos es un libro de Francisco de Paula Muñoz, “El crimen de Aguacatal”, cuyo tema central es el juicio que se hizo contra un criminal macabro, “El hachero”, por el asesinato de una familia en una casita situada entre El Poblado y Envigado. Hay en la obra una descripción muy completa del Valle de Aburrá de la época, de las vías de comunicación y las aldeas, de las costumbres. El estudio psicológico del criminal es bastante notable. Igualmente la tercera parte de “Hace tiempos” de Carrasquilla hace un recorrido cuidadoso por el Medellín de la época, con énfasis en la vida estudiantil y los claustros de la Universidad de Antioquia. La información que esas obras nos ofrecen, aunada a su calidad literaria, invitan a su lectura.

El acontecimiento literario de la década, sin embargo, fue la publicación, en 1878, de un grueso volumen antológico, “Antioquia Literaria”. Obra de Juan José Molina, el más grande archivista de lo que se refiera a este país paisa, hay allí obras de toda clase, desde los tiempos de Francisco Antonio Zea en adelante. Aparecen compilados cuentos, novelas breves, cuadros, crónicas, poesías de los que hoy no se tendría noticia sin el auxilio de aquella gran compilación. Hay obras hermosísimas, autores de otra manera olvidados –pensemos en “Un ramo de pensamientos” de Eduardo Villa, “Un compadrazgo en la montaña” de Pedro A. Isaza y C., “La levita” de Demetrio Viana, “Cervantes” de Manuel Uribe Ángel, “Tus ojos” de Juan de Dios Mejía, “Templado por el trisagio” de Hermenegildo Botero, “Pobre patria mía” de Agripina Montes, “Si yo fuera dictador” de Ricardo Restrepo– obras jocosas y pícaras, románticas y melancólicas, cultas y populares; documentos folclóricos e históricos, poemas breves y extensos; una diversidad temática asombrosa, pero una unidad regional contundente. Ese libro –a raíz de una reedición reciente– ha causado asombro, porque casi nadie se imaginó la existencia de semejante riqueza literaria en la Antioquia temprana. Y lo que más nos asombra es escuchar todavía comentaristas que afirmen, con una suficiencia sin otro fundamento que la falta de estudio de aquella época, que la lectura

estaba circunscrita a la Plaza de Berrío y sus alrededores. Por el contrario: Antioquia era el Estado Federal con mayor cubrimiento educativo, cual lo muestra don Antonio J. Duque en su “Historia de Antioquia”; las listas de suscriptores de las publicaciones literarias llegaban a varias decenas en distintas poblaciones antioqueñas; y los que escribían no eran solamente medellinitas: los había rionegreros, abejorraleños, sonsones, dominicanos, concordianos, yarumaleños, manizaleños, salamineños, amalfitenses, de Santa Fé de Antioquia, etc. Era una empresa cultural colectiva, y sus alcances fueron muy superiores a lo que hoy tenemos. El manejo de la lengua era impecable y teníamos gramáticos de talla nacional. Cuando se escribía en la cerrada lengua regional no era por carencia de dominio del castellano, era por decisión estética.

La década 1880-90 muestra un movimiento in crescendo. Las revistas literarias se diversifican, se combinan con revistas industriales y musicales; los públicos a los que se dirige se especifican. Entre ellas merecen resaltarse “La Golondrina”, fundada en 1881, que daba preferencia a las publicaciones de mujeres antioqueñas, y dirigía el inolvidable Juan José Botero; “El amigo de los niños”, que fundó Fidel Cano con el apoyo del Colegio San Luis en 1882; “El Liceo Antioqueño”, un periódico de los estudiantes que no pasaba por alto ninguna crítica al rigor disciplinario, a la mala pedagogía, al atraso ideológico de algunos maestros, a la brecha generacional; “El Cartel”, periódico dirigido por Camilo Botero Guerra, fundado en 1885; “La lira antioqueña”, fundada en 1886, una revista musical con apoyo en la Escuela de Música Santa Cecilia, “La Miscelánea”, dirigida por Juan José Molina, fundada en 1886, con colaboradores como Fidel Cano, Francisco de Paula Muñoz, Gonzalo Vidal, Rafael Uribe Uribe, Pedro Nel y Tulio Ospina, Camilo Botero Guerra, entre otros; “El Espectador”, fundado en 1887 por Fidel Cano, y que todavía sobrevive; “El Movimiento”, fundado por Camilo Botero Guerra, al igual que el Boletín ó “Revista Industrial” en 1887; y también fue de carácter músico-literario la revista “Notas y Letras”, fundada en 1889. Hubo por lo menos una veintena más de publicaciones importantes pero de corta vida. Merecen mencionarse las de Camilo Antonio Echeverri y Antonio José Restrepo –el “Indio” Uribe publicaba por aquella época en Bogotá– que Núñez y sus corifeos clausuraban con premura en nombre de la “Libertad y Orden” institucional. Dichas publicaciones guardan muchos tesoros literarios; críticas de libros, reseñas, semblanzas de autores, poesías, y es un pesar que se haya vuelto lugar común considerarlas panfletos del último radicalismo; igual podría decirse, por ejemplo, que “La Sociedad” y “La Caridad” echaban humo y destilaban veneno cuando de combatir al radicalismo se trataba...

El acontecimiento literario de aquella década son los “Casos y cosas de Medellín” que publicó en forma seriada Camilo Botero Guerra (seudónimo “Juan del Martillo”) en “El Boletín Industrial”, “El Movimiento”, “El Trabajo”. El autor se definía como un escritor de brocha gorda, sin finezas estilísticas, pero era dueño de un estilo delicioso, de un humor incorregible, y pintaba las costumbres de época con suma gracia, entre burlón y crítico. La moda del polissó de las damas, la incultura de los asistentes a conciertos y representaciones, los mareos de las primeras chicas fumadoras, las tertulias bizantinas, los falsos amoríos. Y cuando se trataba de narrar episodios trágicos y escenas tristes sabía ponerse a la medida de las circunstancias. Hay páginas hermosísimas, elocuentes, acerca de la vida de las pobres gentes, que salieron de su pluma; tenía inclusive la rara habilidad de convertir una historia con apariencia chistosa en un drama trágico, como en “¡Pobre Solita!” ó en la novela “Abuela y nieta”. Hace unos años la Colección de Autores Antioqueños reeditó los “Casos y cosas...” que Botero Guerra compiló en un libro llamado “Brochazos”, y recomendamos su lectura: Botero Guerra es uno de los más importantes escritores antioqueños de finales del siglo XIX. Publicó siete u ocho novelas, no todas igualmente afortunadas sin duda, y la serie de “Casos y cosas...” era de lo más leído que había en la Antioquia de fines del siglo XIX.

Otro libro muy notable de esta década fue “Ensayos de literatura y de moral” (1887) de Juan J. Molina. Allí recogió buena parte de sus trabajos de Literatura musical, incluidos algunos sobre la vida musical en Medellín desde los tiempos de Teresita Lema y su rival La Luque. Se recomienda su lectura, para formarse una idea cabal de la música que se oía e interpretaba en Antioquia, y que en la década que ahora comentamos iba adquiriendo ya firme estatuto de música culta y de escuela.

En la década que comentamos apareció un poeta satírico de enorme calidad: Manuel Uribe Velásquez. Dos sonetos suyos a un aprendiz de clarinete levantaron carcajadas en toda Antioquia, mientras que sus décimas en contra de Núñez y Caro resonaron –clandestinamente claro– en toda la nación. Un poema extenso, “Bárbara Jaramillo”, describe con fina ironía las aventuras y desventuras de una antioqueña inculta que pretendía venir a más entre la sociedad bogotana; y otro poema, “La gallina blanca”, pinta hermosamente los dolores de una muchacha a la que quieren imponerle marido. En “Juancho el myón” hace una sátira sangrienta de un político liberal que se volteó a servir a la Regeneración. Uribe Velásquez sufrió duras persecuciones políticas y vivió muy poco. Aún hoy sus obras se leen en ediciones incompletas, con estrofas censuradas que sólo conocen los investigadores literarios, y como sucede con

todos los grandes radicales –el Indio, Ñito– que se opusieron a la Regeneración está casi olvidado. No sabemos lo que nos perdemos con tanta desmemoria.

Las lecturas de obras europeas y norteamericanas eran intensísimas; reina todavía el lugar común de que sólo se leían autores españoles, pero no era así: el francés era una especie de segunda lengua de los estudiantes universitarios y los literatos cultivados. Don Fidel Cano tenía prácticamente toda la obra de Víctor Hugo en su biblioteca. En la casona de El Silencio (cf. “Entrañas de niño”) se encontraban las obras de Voltaire y Eugenio Sue; el “Tuerto” Echeverri leía fluidamente en inglés, italiano y francés. Los hermanos Carlos E. y Nicanor Restrepo, en inglés y francés, y el último tradujo algunas de las “Leyendas de la Alhambra” de Irving; Juan José Molina había leído en sus lenguas originales a Fenelón, Chateaubriand, Lamartine, Dickens y Poe entre otros; los latinistas –Marco Fidel Suárez, Obdulio Palacios, el presbítero Abel Naranjo, el obispo Manuel Canuto Restrepo, y varios mas– eran verdaderas autoridades. Si se leen los avisos de las novedades que han llegado a las librerías por aquellas calendas se quedarán asombrados. Se podía leer a Goethe y Schiller, a Balzac y Stendhal y Flaubert, a Fenimore Cooper y Mark Twain lo mismo que a Larra o Fernán Caballero ó Emilia Pardo Bazán ó Pérez Galdós ó Palacio Valdés. Y aunque el Syllabus de Pío Noveno impuso restricciones a lo que podía ser leído, es lo cierto que circularon –quizá clandestinamente– las obras de un D’Anunnzio y un Zolá, como lo testimonian las referencias a sus obras hechas por nuestros literatos.

Deliberadamente me abstuve hasta ahora de cualquier referencia a las tertulias literarias, pero fueron abundantes. Cada revista era el resultado tangible de reuniones periódicas de los colaboradores, desde los tiempos de “El Pueblo” en 1855-58. Pero ahora debo resaltar una, “El Casino Literario” por los efectos que tuvo en el desarrollo de nuestra literatura. A ella pertenecieron Carlos E. y Nicanor Restrepo, Enrique W. Fernández, Rafael Giraldo y Viana, Juan de Dios Vásquez, Javier y Gonzalo Vidal, Sebastián Hoyos, Carlos E. López, Joaquín E. Yepes, Enrique Ramírez G, y otros poetas, cuentistas y ensayistas esporádicos. Se fundó en 1887, y más tarde, por tenerse noticias de las gracias escriturales de dos “jóvenes dominicanos, Tomás Carrasquilla y Francisco de P. Rendón se los invitó a participar en ella, y como condición de ingreso se les pidió que entregaran una obra. Carrasquilla envió “Simón el mago”. Rendón una “Carta abierta a Emilia Pardo Bazán”. Fueron aceptados inmediatamente. Ambas obras debieron aparecer por vez primera en el volumen de colaboraciones que publicó “El Casino” en 1890, un libro rarísimo hoy. Pero esto no es lo más importante: es que en una sesión se debatió vigorosamente sobre la imposibilidad de hacer novela de alto vuelo sobre Medellín y sus

gentes; todos estuvieron de acuerdo, excepto Carlos E. Restrepo y don Tomás Carrasquilla, y fue tal la fuerza de sus argumentos que convencieron al resto del grupo. Y Carlos E., quien “nació para mandar”, encargó a Carrasquilla escribirla. Allí se inicia la “década de oro” de nuestra literatura, allí se marcó el punto de no retorno a los viejos cánones costumbristas y románticos. Carrasquilla se regresó a Santo Domingo y emprendió la tarea.

La “década de oro” (1890-1900) muestra una dinámica de publicaciones sin parangón en las distintas épocas previamente reseñadas. Se cuentan más de ochenta periódicos y revistas fundados durante ella, entre los cuales vale la pena señalar: “La Mañana” (1890) y “La Guirnalda” (1895), dedicadas ambas “al bello sexo”; “El Estudio” (1892) que dirigía Esteban Jaramillo; “El Movimiento” (1893) que dirigía Camilo Botero Guerra; “El Artesano” (1897), órgano de la Escuela de Artes y Oficios; “El Chispazo” (1898) y “El Cascabel” (1899), este último dirigido por H. Gaviria I; “Cirirí” (1897), dirigido por José Velásquez García (seud. Julio Vives Guerra) y Jesús del Corral, que después trasladó su sede a Bogotá.

Las grandes revistas de la época fueron “La Bohemia Alegre” (1895), órgano de expresión de un grupo de jóvenes intelectuales con ánimo reformador de nuestras costumbres literarias. Lo conformaban Antonio José Montoya, autor de buenos cuentos –y de uno excelente, “La jeringuilla de Pravaz”–, y crítico literario de importancia en los años siguientes; Jesús Ferrer, ensayista y comentarista literario; Tomás y Emilio Quevedo Alvarez, poeta ocasional el primero, crítico y autor de cuadros de costumbres el segundo; Alfonso Castro, cuya importante obra narrativa apenas se iniciaba; Pedro Pablo Londoño, cuentista esporádico; Antonio J. “El negro” Cano, poeta notable y ensayista y mecenas de toda obra cultural; Federico Carlos Henao (seud. Carlos Espinela), uno de los más interesantes poetas de la época; José Velásquez García, gran narrador, poeta notable y excelente cronista; Antonio María Restrepo (seudónimo Abel Farina), el más coherente y auténtico introductor del modernismo, gran poeta injustamente olvidado por la posteridad; y, finalmente, Saturnino Restrepo, de versátil inteligencia, ensayista y editorialista magistral, excelente cuentista. Vives Guerra dejó una bella crónica sobre las tertulias de los alegres bohemios los sábados en el Café La Bastilla. Es evidente por lo que narra el marco de dificultades materiales en que vivían, el duro precio de su alegría; sin embargo sostuvieron la revista dos años y publicaron una serie significativa de relatos, poesías y ensayos de análisis literario. En los años siguientes algunos emigraron en busca de mejores oportunidades, pero dejaron las bases de una empresa editorial que se prolongaría en “El Repertorio”, “El Montañés”, “Lectura y Arte”, “Alpha”, es decir en las revistas que harían

contrapeso a la venerable “La Miscelánea” reiniciada en 1894 por Carlos A. Molina. Esta revista, que en palabras de Joaquín Ospina constituye “un joyero de arte de valor inestimable”, duró doce años desde el reinicio. El material que publicó es riquísimo, y de enorme calidad: poesía, cuento, novela breve, ensayo, traducciones, con especial énfasis en producciones de escritores antioqueños. Allí publicó Gónima sus “Vejece” y sus “Apuntaciones”; Lisandro Restrepo las “Memorias íntimas de Ramón Pérez”; Botero Guerra muchos de sus “Casos y cosas...”; Samuel Velásquez la espléndida novela breve “Madre”; José A. Gaviria “Ernesto”; Tomás Carrasquilla “Luterito”; Manuel Antolínez (seudónimo de Sebastián Mejía) sus “Paliques” literarios; Lucrecio Vélez “Las vacas de la fiesta”; Efe Gómez “y le dije”; “Manuel Uribe Angel “La Llorona”, etc. etc. ¡Y sólo hablo de relatos! Si se consulta –por ejemplo en la Biblioteca del Museo de Antioquia– el índice de artículos publicados en esa revista el investigador se verá obligado a modificar drásticamente su concepto sobre la historia de la cultura en Antioquia. Pero la revista tenía una limitación en su parte gráfica, y “El Repertorio” y “El Montañés” se aprovecharon de esto para presentar unas ediciones muy hermosas, con fotograbados y litografías que a la vez creaban un nexo muy fuerte con nuestros artistas plásticos de la época (Rodríguez, Mesa, Cano, Tobón Mejía, Maya). Y como además “La Miscelánea” era de tendencia más bien conservadurista, en las otras dos revistas encontraban diversos autores mayores libertades de expresión: así los propios Carrasquilla, Efe, Uribe Angel, lo mismo que los alegres bohemios.

“El Repertorio” era una revista mensual ilustrada. Sus directores eran Luis de Greiff y Horacio Marino Rodríguez. En cada número se hacía un homenaje especial a algún antioqueño notable, con un hermoso retrato del mismo y algún artículo acerca de él, y con la publicación –si era escritor- de alguna de sus obras, inédita o reimpresa. Entre los homenajeados figuraron Epifanio, el “Tuerto” Echeverri, Uribe Angel, Francisco de Paula Muñoz, Emiro Kastos. Acerca de este último escribió Saturnino Restrepo un ensayo de gran significación por cómo sabe justipreciar sus dones literarios y sus actuaciones políticas. En una edición nueva de los “Artículos escogidos” aquel ensayo debería incluirse, al mismo título que el de Uribe Angel sobre el mismo autor.

La lista de colaboradores de la revista es impresionante. Fuera de los ya mencionados, escribieron en ella Max Grillo, Acevedo Bernal, Juancho Botero, Fidel Cano, Farina, Federico Carlos Henao, Jesús del Corral, Julio Vives Guerra, y, en fin, una buena cincuentena de autores más. Los artículos sobre artes plásticas y música tenían mucha relevancia. La revista duró un año. Recientemente se hizo, en la Colección de Autores Antioqueños, una edición facsimilar, e invitamos a leerla.

“El Montañés”, cuyo director fue Gabriel Latorre, hombre cultísimo, poeta y novelista y dramaturgo, empezó a publicarse en 1897 y duró dos años. Allí publicó Carrasquilla la mayor parte de sus novelas breves y cuentos de aquella época; allí publicó Efe Gómez, Gonzalo Vidal, Samuel Velásquez, el propio Latorre, Luis de Greiff, A.J. Montoya, Carlos E. Restrepo, Gómez Barrientos y un buen centenar de otros autores. No faltaron artículos científicos ni de artes plásticas, y muchas de las conferencias musicales que se ofrecían en Medellín por aquella época se divulgaron con gran despliegue. La crítica literaria y la reseña mensual de libros publicados aquí era protocolo de cada número. Uno de los ensayos más bellos y lúcidos que se hayan escrito nunca sobre J.A. Silva apareció allí, autoría de Saturnino Restrepo: “Los novísimos en literatura: Silva y Valencia”. Esta revista merece una edición facsimilar como la de “El Repertorio”. La revista desapareció con la llegada de la Guerra de los Mil días. Durante esta década publicó el doctor Manuel Uribe Ángel algunos de sus relatos acerca de finales de la Colonia y primeras épocas de la Independencia, escritos en una forma sencilla, liviana y grácil. Este político sin sectarismos, espíritu conciliador en horas muy difíciles, el médico de los humildes, el educador de los artesanos, el hombre cívico por excelencia, historiador y geógrafo sin parangón y en resumen la persona más notable de la Antioquia decimonónica, fue también un gran escritor. Ya en 1882 se anunciaba en el “Papel Periódico Ilustrado” de Bogotá la publicación de su novela “La Serrana”, pero fue en la década que nos ocupa cuando empezaron a conocerse sus obras estrictamente literarias: “Cuánto me costó la burra”, “La Llorona”, y otras.

De 1890 en adelante se nota la preocupación de los autores antioqueños por hacer novela en sentido estricto. Obdulio Palacio publica dos en 1890, y en 1893 Botero Guerra publica dos bellísimas: “Rosa y Cruz”, que trata sobre los amores imposibles de Rosa, la hija de un patrón rico, y Cruz, un esclavo liberto. La sanción social los conduce a lanzarse juntos a las aguas del entonces turbulento río Aburrá, y se ahogan; y “El Oropel”, que trata de las diferencias campo-ciudad: una bella campesina, Rosalía, es atraída mañosamente a Medellín por un miembro de la “Sociedad del Gran Turco” —que tal vez corresponda a “Los Maffios”— y quieren prostituirla; sólo al final es localizada por su novio campesino que evita el desastre moral de la muchacha. Sin embargo se trata de novelas “a capella”, con pocos personajes, aun cuando bien tratados. El valor de “Frutos de mi tierra”, en este sentido, es fácilmente contrastable. Por lo menos una veintena de personajes, cinco de ellos principalísimos; con una visión panorámica de la vida urbana, recorridos minuciosos por sus lugares públicos, penetración en salones y costureros, en pensiones y clubes,

en sórdidos recovecos, descripción de fiestas y vidas hogareñas, de fiestas colectivas, y con dos historias que además de su contraste de sentimiento y su distancia sociológica, se desarrollan paralelas y pautan el desarrollo global del relato. Ni “María” ni “Manuela” alcanzan semejante riqueza argumental. Es una obra de época, seguramente el mejor documento que nos queda sobre los 80’s decimonónicos de la Villa, pero a la vez “Frutos de mi tierra” es la primera novela colombiana en el estilo de un Pérez Galdós ó un Zolá. Marca una cima en la historia de la novela en Colombia. Venía escribiéndose desde 1890 –hay capítulos publicados en la “Revista Santandereana” en 1891, en “El Espectador” en 1893– y se corrigió hasta el último minuto. Apareció en 1896, en la Imprenta de Jorge Roa en Bogotá, con prólogo de Pedro Nel Ospina.

A partir de ese momento brotaron en cascada las novelas antioqueñas: “Tierra virgen” de Eduardo Zuleta; “Madre” y “Al pie del Ruiz” de Samuel Velásquez, “De paso” de Lisandro Restrepo; “Lejos del nido” de Juan José Botero; “Luterito”, “Dimitas Arias” y “Salve, Regina” de Tomás Carrasquilla; “Ernesto” de José A. Gaviria; “Los claveles de Beatriz” de Paulo E. Gutiérrez, “Cómo se hace ingeniera un un negro en Colombia” y varias otras. Al primer concurso de novela breve convocado por “La Miscelánea” en 1897 se presentaron 57 obras, y ganó “Madre”, que rápidamente se tradujo al inglés, al francés y al polaco. Es una obra admirable, que se compara por su intensidad dramática a “Pedro Páramo”; es el más bello relato de la arriería antioqueña y de la grandeza trágica de nuestras mujeres.

Con la Guerra de los Mil días ponemos punto final a esta relación. Muchas cosas cambiaron, aún si el ímpetu logrado permitió que concluida ésta se reiniciara la producción colectiva de revistas, escritores y obras de gran calidad. No en vano los historiadores de la literatura colombiana tenían que conceder capítulo aparte a una literatura antioqueña: así Isidoro Laverde, Antonio Gómez Restrepo y otros. En fin: la literatura temprana de Antioquia es un patrimonio riquísimo y apenas sí aprovechado por nuestros historiadores. Entre 1850 y 1899 Antioquia supo enunciarse época tras época: mentalidades, usos y costumbres, tipos de la tierra, preocupaciones sociológicas, logros y falencias, todo fue retratado en letras de molde por autores que no merecen tanto olvido. Eso que se llama “antioqueñidad” no puede comprenderse cabalmente sin la lectura de nuestra literatura temprana. Caeríamos en los lugares comunes de un machismo sin matices, de un empresarismo a ultranza, de una femineidad ultrajada y una picardía ilimitada. Ya es hora de que aprendamos a venerar nuestro legado espiritual. Así sea.